

derechos de personas. En el segundo, a partir de 1706, ya con el archiduque como rey, el Tribunal no llegó a reactivarse hasta 1713. Los motivos que apuntan los autores a dicho retraso estriban en la soluciones extrajudiciales y muchas veces políticas que se lograron. La mera enunciación de las causas de los litigios es altamente interesante: escalafón funcional municipal; abusos en tasas judiciales; regalías; extralimitaciones de las autoridades militares sobre civiles; injerencia regia en la provisión de cátedras en el Estudio General de Barcelona; derecho a un juicio equitativo ante abusos señoriales; arbitrariedades señoriales ante vasallos; prolongación indebida de una detención, etc. Variedad de casos y de temas, ciertamente.

El libro es una síntesis muy ilustrativa de lo que significaban en la práctica las *Constitucions de Catalunya* y la defensa de los derechos individuales y colectivos que ellas protegían. Basta leer alguno de los casos juzgados para comprobar por qué un tribunal de este tipo, muy avanzado para su época, no tenía las simpatías de los defensores de la causa absolutista que finalmente se impuso. No debe olvidarse, ni es un detalle menor, que este Tribunal no podía enjuiciar causas contra los miembros de la Generalitat, que así veían blindadas sus competencias. Esto era, precisamente, lo que los monarcas absolutistas querían evitar a toda costa. De hecho, su última actuación tuvo lugar en junio de 1713, cuando Catalunya y la Generalitat quedaron abandonadas a su suerte por los antiguos aliados. A Felipe V no le hizo falta suprimir el Tribunal, ya había dejado de existir cuando comenzó el asedio militar de Barcelona en el verano de 1713.

Los autores consideran, en una apuesta interpretativa arriesgada, pero sólida, que el *Tribunal de Contrafaccions* no fue solamente, que lo fue, un mecanismo o instrumento de control y fiscalización de los ministros reales y de los oficiales públicos, reales y señoriales. Nos encontraríamos, según Serra y Capdeferro, ante unos primigenios y modernos juicios de constitucionalidad o paraconstitucionalidad en defensa de los derechos de las personas y colectivos. La lectura atenta de los casos analizados, que se exponen de forma resumida en este libro, nos obligan a esperar con interés y atención la próxima salida editorial de los volúmenes completos antes citados, y poder comprobar y valorar así de forma adecuada la excelente aportación que han realizado con esta obra. Por lo demás, el presente trabajo ofrece al lector una redacción esmerada, erudita y al mismo tiempo divulgativa.

ANTONI JORDÀ FERNÁNDEZ

DIEGO, Emilio de. *Prim mucho más que una espada*. Ed. Actas, Madrid, 2014, 635 pp. ISBN: 978-84-9739-145-0

Adentrarse en el conocimiento del proceloso s. XIX español constituye para el lector una diversión novelada de hechos históricos interesantes acaecidos, y, para el investigador, una aventura en un inmenso mar de acontecimientos entre reales, legendarios y míticos que el contexto político y sus protagonistas en la vida pública marcaron en ese momento.

El bicentenario del nacimiento de Juan Prim en 1814 ha constituido el resurgimiento de una personalidad política de primera fila que, desde el baúl del desconocimiento casi generalizado, ha protagonizado el interés de sociedades, editoriales y autores en estos últimos meses. Decir en primer lugar que su origen catalán no ha pasado desap-

cibido, estando muy presente como político que tuvo la «idea de España» muy cercana y luchó por su cohesión y su unidad a pesar muchas veces de sus propios amigos y correligionarios.

Allá por 1836, dijo «os hablarán de una Cataluña independiente separándola del gobierno de S. M la Reina que habéis jurado defender (que actualidad cobra este discurso dos siglos después), ellos os prometerán un bienestar dichoso (...) si esos díscolos consiguiesen su intento (...) en ese momento mismo os veráis sumergidos en la indignación, y no os quedaría otro recurso que mendigar de puerta en puerta vuestro pan o de expatriaros de Barcelona y del Principado». Rescatar la figura de un jefe de gobierno español desde su cuna catalana, sin ningún género de duda, ha revalorizado el perfil del personaje.

La semblanza de Prim ha sido exhaustivamente analizada en el libro: su condición militar heroica y ejemplar desde sus virtudes castrenses: le avalan en la intervención de 35 acciones de guerra, sus vertiginosos ascensos en la carrera militar que le otorgan su condición de mariscal a la edad de 30 años, la gobernación militar de Barcelona y el grado de Comandante General de la plaza, así como su protagonismo en la caída de Espartero y el freno a la insurrección de la Junta de Barcelona contra los intereses centrales. El conflicto de África lo abordó como Ministro de la Guerra entre 1859-1860, y ya había obtenido las mieles del reconocimiento máximo en 1855 como Capitán General de Granada.

Compatibilizó su actividad castrense en España y en el exterior, con la militancia política destacada en el liberalismo progresista inicial; claro que hablar de liberalismo entre 1840 y 1880 supuso, no sólo en él, sino en otros destacados dirigentes de esta ideología las fluctuaciones doctrinales y pragmáticas que cada escenario de crisis provocaba. La adecuación al moderantismo y la centralidad no estaba reñida con la militancia en el radicalismo o en posiciones demócratas de los más exaltados. Prim practicó estas peripecias de manual, anteponiendo la praxis a las circunstancias difíciles que vivía la España de 1840-1870: los golpes de mano, pronunciamientos políticos y militares, y crisis de gobierno como paisaje natural y acostumbrado de la clase dirigente.

El autor prosigue incorporando, en más de 250 páginas, la condición política del personaje que, aupado en la aureola de extraordinario militar, protagoniza en primera persona más de 30 años de la vida política de España. Lo decía el mismo el autor: siempre le preocupó más el compromiso con sus electores que su ideología partidista; así se explica que caminara desde el moderantismo liberal (en la década de los cuarenta), al progresista (1851), militando en la Unión Liberal (1858), pero siempre con férreo alineamiento con la monarquía parlamentaria, eje del sistema político nacional y en el que creía profundamente.

Tras intensa actividad en el exterior, guerra en África (1859-1860) y misión diplomática en Méjico (1860-1861) y Cuba en 1862. En 1864 reorganizó el partido progresista y protagonizó, en 1866, el pacto político de Ostende entre progresistas y demócratas. Las secuencias históricas le llevaron a recoger el testigo de Narváez a su muerte, el 23 de abril de 1868, en la defensa de la Monarquía y en los inicios del movimiento revolucionario encabezado por el liberalismo descontento que recogía a diferentes familias en su seno. De tal manera que Prim ocupó el Ministerio de Guerra estando Serrano en la Presidencia del gobierno. Contexto de agitación republicana alentada por los demócratas y a la que se unieron los carlistas y sostenimiento del sistema monárquico y democrático desde los unionistas y los progresistas en un complicado y difícil panorama político.

El libro destaca el papel fundamental que jugó Prim en el advenimiento de Amadeo de Saboya a la Monarquía española frente a otros candidatos preconizados, fundamentalmente Montpensier con el apoyo de los unionistas. Tal misión, le atrajo numerosas rencillas y enemistades que contrarrestó con su habitual buen quehacer político en la familia liberal, dotando de cohesión a una mayoría parlamentaria esencial para el desenlace decisivo de esta incógnita.

El autor toma oxígeno tras el pormenorizado análisis de los hechos históricos, y nos revela la existencia de una figura como Prim desde el mito, personaje novelesco y literario que mereció la atención de Galdós con los mayores elogios, o de Valle Inclán en el sentido opuesto: «el mágico de las cuarteladas», de Pío Baroja y de Leopoldo Alas Clarín «todo le parecía excesivo en Prim» o insaciable «recibió dinero de todos,...». De audaz, buen orador, intrépido, afable fue considerado por la prensa norteamericana.

Muchas coplillas, poemas y letrillas circularon por el Madrid de aquellos tiempos sobre personaje tan controvertido:

«ya solo le falta
ser Rey, o regente
del reino»

Sobre el asesinato de Prim, el 27 de diciembre de 1870, el A. mantiene que se decidió en septiembre, que fue un complot de diversos intereses y ofrece numerosos datos sembrando dudas sobre Sagasta y su entorno (Rojo Arias). Sostiene que la investigación, a día de hoy, no está suficientemente aclarada en lo referente a la autoría y a los días que transcurrieron entre el atentado en la calle del Turco y el anuncio público de su muerte, tres días después.

El libro se adentra luego en analizar el reinado de Amadeo de Saboya hasta su destierro. Quiero entender que esta parte del libro no es una distracción del autor, como historiador insaciable que es, sino el fin de la obra, explicando de lo que fue el componente esencial de la estrategia política de Prim hasta sus últimas consecuencias en relación a la monarquía y que evidenciaron su fracaso. Si hubiera vivido, ¿hubiera sido este final o podríamos considerar otros escenarios protagonizados por el siempre posibilista Prim? Seguro que sí, estoy convencido que así hubiera sido y los hechos así lo avalan en su trayectoria. El libro enfoca apartados de Sociedad, Economía e Iglesia al modo tradicional de la manualística en la Historia contemporánea, que, a mi entender, ni le quita ni le da valor a esta obra más allá del reconocimiento de la extraordinaria tarea de investigación, de reflexión, de explicación, y, por qué no, de imaginación, de un hombre vocacional con su aventura vital y profesional histórica como es Emilio de Diego, como tantos otros, más valorado y enjuiciado fuera de las aulas, su hábitat natural, que dentro de nuestra querida institución universitaria. Me identifico con el autor como amigo en la lejanía por su extraordinaria contribución, con su obra que perdurará en el tiempo, con el personaje rescatado del recuerdo histórico Prim que como bien dice su padre literario:

«Prim grande y español universal, militar y político gobernante y hombre de Estado, cuya sangre fue vertida en defensa de la LIBERTAD y de la DEMOCRACIA»

En esta patria nuestra ESPAÑA añado yo.

BRAULIO DÍAZ SAMPEDRO